

CRÍTICA DE LA RAZÓN POÉTICA: LAS PALABRAS DE LA PREOCUPACIÓN

Traducción de AURELIO ASIAIN

NADIE RESPONDE A LA pregunta absoluta de Hamlet, a no ser el viento sobre la muralla y, muy pronto, el furor, el delirio y el rompimiento último del espíritu. Dormir, sería mejor dormir, huir sin duda, si algún lugar fuera de todo lugar se prestara a ello, que tener que decidir, conciencia indefinidamente irresoluta, entre el ser y el no ser del mundo. A partir de ese momento no se dan más que los caminos de la sospecha y, luego de tantas palabras proferidas, tantas figuras vanas, al fin el sello del silencio sobre los labios del que cae. El fracaso de Hamlet, como más tarde el de Mallarmé, manifiesta esta interrogación incansable a la que algunos de ningún modo han soñado en sustraerse —cómo habrían podido hacerlo, por lo demás, por amos que hayan sido de su pensamiento—, herida en la carne del alma, violencia mantenida hasta el último vértigo, hasta el abismo abierto ante ellos. Sí, aquellos, lo sabemos, han rechazado todos los altos, los falsos pretextos de las certidumbres y el universo sensible, también, en el que sus ojos no distinguían más que una *quintaesencia del polvo*.

Por eso los amamos, y por haber trazado en el cielo como altas estelas negras. Pero también sabemos, porque día a día hacemos la prueba, que hay otros caminos, otras preguntas, otras constantes cuya urgencia nos es cruel y que no nos es propio ocultar por cualquier descenso sombrío a la tumba de Igitur. *Somos algo y no somos todo*: la frase de Pascal, escrita en la vertiente del mismo siglo, resuena durablemente en nuestra memoria, alumbrada quizá, con una agudeza acrecentada, ese lugar de vida que es el nuestro, esa humana condición en efecto, esa conducta y esa movilización de nuestros actos bajo el signo ambiguo de la *preocupación**. La palabra, es cierto, no procede ni del vocabulario de los *Pensamientos* ni de su intención apologética. Pascal se fija como única meta separar al hombre razonable de sus cimientos y, creyéndolo vencido por la sola fuerza de la lógica misma, forzarlo al gesto irreparable de la Apuesta. Esta argumentación, por fogosa que sea, no tiene nada que siga requiriéndonos.

Pero es también Pascal, en confesiones más secretas, el que, soñando en la agonía de su dios crucificado hasta el fin del mundo, pronuncia las palabras mayores: *no hay que dormir durante ese tiempo*. Ni dormir ni soñar, sino velar en la irresolución de las horas, en el inacabamiento de los signos, en el *tedio*. Y tal es el primer acercamiento que yo propondría a la preocupación, a despecho de las exégesis, tanto cristianas como profanas, que prefieren descubrir en esas líneas los síntomas de esa moderna enfermedad del espíritu a la que se dará, con la fortuna que sabemos, el nombre de angustia.

II

Pues de ningún modo tengo a la preocupación como una especie asaz vaga de sentimiento o de estado del alma, catalogada antaño en el orden obsoleto de los humores, sino, en el sentido más fuerte del término, como una sollicitación original de la conciencia, una agitación hasta en las profundidades carnales del individuo, confrontado sin tregua a la distancia del mundo y a la inestabilidad de la empresa que en él puede ejercer. El hecho mismo de *ex-istir*, de participar, con todas sus fibras, en esta dehiscencia fuera de lo informe, constituye, así lo creo, para aquel que vive y que piensa, a la vez el teatro y el motor de su preocupación. No se trata tanto, en una perspectiva heroica, como lo ve enseguida Hamlet, de *tomar las armas contra un mar de problemas*, cuanto de obligarse, lúcida y lúcidamente, a abrazar su ola, a volverse moción en el movimiento, inquietud entre la intranquilidad original de los fenómenos. Pero semejante conformación de la persona entera al aparecer y al desaparecer de las cosas no significa tampoco, de parte de quien se impone la conducta de éstas, una suerte de abandono de sí, un consentimiento a *sufrir las flechas y los golpes de una atroz fortuna* —contra la que se subleva un instante la melancolía de Hamlet. Porque es ahí, en esa sumisión casi estoica del ser, donde pueden insinuarse también —Hamlet lo sabe, y estará de acuerdo con ellos sin apelación— los demonios sutiles de la angustia y sus prácticas de secuestro.

Si vuelvo una vez más, para mejor disociarlo de la preocupación, sobre ese concepto de la angustia, que se le acerca al punto de ofuscarlo a veces, es porque el uso immoderado que con fines dogmáticos se ha hecho de él ha como alterado su contenido. La angustia representa para empezar una forma de estrechamiento, de restricción y, en el límite, de obturación fisiológica de la conciencia delante y en contra

* La palabra *souci*, de uso frecuente en la lengua francesa, admite muchas traducciones. En nombre de la coherencia, para no traicionar el carácter del ensayo, pero no sin incomodidad, me he decidido sistemáticamente por "preocupación", frecuente en nuestra lengua, aun cuando en más de un lugar hubiera sido preferible "cuidado", en el sentido que daban los Siglos de Oro a la palabra, o "cura", en el sentido religioso de la *cura de almas*, o incluso, en algún punto, *pena*. [T.]

de lo que la oprime. Un enclaustramiento, en efecto, al que el individuo, lejos de oponerse, colabora. Parecería que el hombre de angustia no imagina otra salida que el sitiamiento de sí mismo y, al cabo, el saqueo ineluctable de lo que tiene de más querido. Sin complacerme en ninguna ponderación psicológica o moral, diré que el hombre de angustia es, a mis ojos, un ser afectado por la hipertrofia de su ego, frustrado por un orgullo en el que no puede o no quiere comprender que el mundo, en su exterioridad, en su agresividad creciente, no se doblega ante él. De ahí esos encerramientos sombríos, esas vocaciones obsidionales que no me creo autorizado a juzgar, puesto que han podido, aquí y allá, dar lugar a palabras fulgurantes, las tormentas de *Temor y temblor*. La conducta de preocupación es sin duda menos ambiciosa, menos amorosa de sí, digámoslo también. Quizá se apoye en una aprehensión del mundo intelectual y físicamente diferente. La sensación de estrechez, de apretamiento cada vez más restrictivo, la sustituye con un sentimiento continuo de inadecuación a la cosa vivida, al pensamiento, a las circunstancias. Como si entre el gesto que se instaura y el objeto —material o mental— por asir se deslizara una suerte de espacio irreductible, un velo de aire, una masa vellosa cuyo espesor nada podría atravesarlo. De ahí esas empresas indefinidas, inacabadas, y la insatisfacción casi tácil que dan por resultado. De ahí, igualmente, esos retornos, esos nuevos impulsos, esos tanteos sometidos a la permanencia luminosa de la falta.

Si el hombre de angustia acaba por rehusarse a las modalidades de la acción, si la garganta se le cierra hasta la parálisis de la palabra, el espíritu hasta la abolición del deseo, el hombre de preocupación está de alguna manera agujoneado en su persecución por las respuestas inacabadas que recibe, por ese permanente desequilibrio al que, es cierto, desearía poner fin, pero del que sabe al mismo tiempo que no hay fin que pueda satisfacerlo. La conciencia como heracliteana del mundo que es la suya no le permite ni la hermosa ataraxia del parmenidiano ni la desesperación sin remedio del que se despierta demasiado tarde de su adormecimiento ontológico. Todo se muere, comprueba él en efecto, pero podría ser que no haciendo sino uno, fuera y dentro de sí, con ese perpetuo estremecimiento, todo llega, de un modo optativo cuya formulación ignora, a moverse junto. Y ese sueño de una dinámica unánime no representa otra cosa, es verdad, que un horizonte de lo inaccesible. Pero es él y solo él el que reanima y estimula al hombre de preocupación en las horas de desorientación y duda.

La preocupación no es pues de ningún modo, en el sentido tradicional del término, una pasión. No se contenta con sufrir el choque de los contrarios; *trabaja* en la incertidumbre del resultado o de la resultante de las fuerzas opuestas, lo que de ningún modo significa trabajar en el escepticismo o la desilusión de los actos que cumple. Y diré en cambio, usando conceptos ya viejos de los fenomenólogos, que la preocupación es una intencionalidad inquieta, y no una conciencia dichosa o desdichada. Vuelta hacia lo que no deja de hacerle falta, busca lo que no esté a su alcance, lo que no puede tomar. Pues a sus ojos el objeto que se daría a su deseo —¿no es el *cuidado*, en el Gran Siglo, uno de los nombres del ser amado?—, ese objeto, al fin prehenible, ocasión de satisfacción y luego de avasallamiento, no podría ser el verdadero. La preocupación no opera en el nivel del querer, el cual engendra un

espíritu de conquista, de poder y de atesoramiento ilimitado. Sitúa su devenir en el plano de ser, que genera una actitud de llamado activo, de espera, de apertura, sin que intervenga nunca la hipótesis de algún provecho o retribución inmediata. Ningún cálculo en él, ninguna casuística meticulosa de los actos, como la que practican todavía ciertos adeptos rezagados de la maceración mental —ascetas tristes, ideólogos frustrados—, aguardando, esperando de una instancia exterior al mundo dios sabe qué improbable indemnización. La única justificación del cuidado es el vector que lo dirige y que lo lanza, la vibración del arco, el trayecto de la flecha, no el círculo del blanco al que tira.

III

Pero se impone una observación, que permitirá precisar mejor el campo y la amplitud de esta conducta. Definiendo al cuidado como una suerte de itinerancia interior, una impulsión del espíritu que no encuentra lugar donde fijarse, ha dejado de creer, quizá, que su protagonista se presentaba, en cambio, bajo la forma de una entidad invariable, de una identidad que perduraba en su trayectoria sin alteración, sin ruptura. Pero el camino modifica al caminante —y el cambio cambia también al que lo experimenta y que lo hace la ley de su vida. Y diré pues que el yo cuidadoso, ese yo que se aventura fuera de sí mismo, no puede en modo alguno ser un yo que se poseería, que, incluso, se determinaría en cuanto conciencia de cuidado. Necesita, a su vez, desprenderse de todas las certidumbres psicológicas que le permitirían, a lo largo de su avanzada, reconocerse. Ese yo *deviene*, y entonces, a su manera, es siempre otro que ese que creía retener de sí en el gesto o en el pensamiento precedentes. El reconocimiento y la afirmación del ego significa ya una interrupción del movimiento y como una primera puesta en cuestión de los actos que determina. El solipsismo receloso del pensamiento traduce ciertamente un rechazo de la atención al mundo, más todavía una resistencia porfiada a toda alteración de lo que considera como su esencia propia y su verdad. Es una barrera mental opuesta a la manifestación en sí de otro que sí. El hombre del cuidado, como Keats lo decía del poeta, por lúcido y garante de su empresa intelectual que quiera ser, es un ser que no tiene yo o, más bien, irrigado por un afluente de presencias extrínsecas, de realidades extranjeras, que hacen de su yo menos un contenido, una sustancia particular, que un receptáculo de alteridades. *Abramos nuestros pétalos como la flor. La savia será nuestro alimento y el rocío nuestro brebaje.*

Si la conciencia puramente subjetiva —cerrada, hegemónica, autosuficiente— es vaporizada por el cuidado, tampoco deja de resultar de ello que ese vector tendido hacia el porvenir otorgue a quien es su punto de partida una suerte de querer segundo, independiente de él y que sin embargo decide su conducta. El cuidado *quiere* a través de nosotros, mucho más de lo que nosotros queremos adherirnos al cuidado o deshacernos de él. Y ese querer que escapa a nuestra voluntad es, sin duda, más nosotros que nosotros mismos, pues enriquece a la persona de virtualidades inventivas, de capacidades de extensión y de formulación de las que ésta ignora casi todo. En ese sentido, el cuidado hace del yo limitado, del yo antiguo, vuelto sobre sus poderes, un *otro*, como se empleaba autoritariamente, en el caso de Rimbaud, el

famoso desarreglo razonado de los sentidos. Pero lo que para Rimbaud volvía a salir a la resolución extrema de la conciencia —ningún yo más conquistador que el que proclama: "Es oráculo lo que digo"—, esa explosión múltiple, esa hendidura del yo subjetivo depende, en el hombre de cuidado, de otro registro —de otro Orden, habría dicho Pascal— que no rechaza la vigilancia del espíritu pero la subordina a una acogida de lo que lo rodea y, al cabo, libera al hombre de la sola escucha de sí. Al adormecimiento feliz de las certidumbres, a la huida exasperada en la noche, opone una vela indefinida, esa mirada de párpados eternamente abiertos que John Keats le envidiaba a los astros, sin que nada deje de presagiar que vienen por fin el Día y la Hora en que alguna verdad se devela.

Esa espera, esa interiorización de la preocupación en el tiempo vivido no lo hace para nada *descorazonarse*. Pues, para no dormir, la preocupación secreta en todos el valor, quiero decir la sangre, el aliento siempre nuevo y no, como ocurre en la angustia, la lisiadura y casi la parálisis de las potencias afectivas. Puede entonces haber, incluso no puede sino haber, en la conducta de la preocupación, una especie de disposición de impulso casi alegre hacia lo que hace falta, más allá de lo que se reconoce habitualmente en el hombre preocupado, a saber, esa disposición taciturna, esa aspereza del alma y del cuerpo ante el despliegue infatigable del ser. A las conciencias que no saben y no quieren satisfacerse con su mera expresión egoísta, a las que se sienten como insuficientes, la preocupación les da una manera de sostén, un estímulo y la promesa de un enriquecimiento externo que rebasa con mucho los sortilegios de la contemplación solipsista. El yo del hombre de preocupación es un yo que se incrementa con todos los posibles del mundo.

IV

Esos envites del horizonte, esos resplandores que se avivan y se mezclan al mismo tiempo, ¡cómo exhortan al caminante a no suscribir el ritual impasible de la necesidad! Tome aquí la apariencia de la dialéctica, o imponga allá sus axiomas intemporales, significa de entrada, para quien reconoce su imperio, una renuncia a toda aventura, y yo diría que a toda historia, inherente al ser individual. Admitir lo que se da como necesario, es aceptar lo ya hecho, lo ya dicho, lo ya establecido por otros, en detrimento de lo que importa decir, hacer, pensar. Porque todo es necesario después, cuando la historia inimaginable está escrita. Lo necesario es el pasado, el pasivo del ser, tal como se me aparece en el instante en que trato de comprenderlo, de asirlo. Pero no puedo asir el tiempo que me inventa —o, si trato de hacerlo, dejamos de existir, él y yo.

El hombre de preocupación no se adhiere nunca a la idea fascinante y turbia de lo que llamamos el destino. O más bien, por un esfuerzo de toda su vida consciente, lucha resueltamente contra esa tentación fija en la memoria profunda y que tranquiliza tanto como aplasta, que tranquiliza, quizá, tanto más cuanto aplasta. Prometeo, ya lo han dicho otros, es el héroe humano por excelencia no sólo porque da a los hombres el fuego y, con él, el porvenir exaltante de la *techné*, sino antes aun porque rechaza la partición inicua de las potencias superiores e inferiores, el *No irás más lejos* de los dioses y los demonios. Y esa rebelión contra la fatalidad entraña, él

lo sabe, no la muerte, ya inscrita en la suerte de los hombres, sino el sufrimiento que no cesará —la misma del crucificado de Pascal—, es decir la desgarradura irremediable, la separación de los demás y una itinerancia indefinida del alma, incluso clavada con el cuerpo a la inmovilidad de la roca. *Yo cuyo destino no es morir*. Aparentemente vencido, aplastado bajo el peso de la *ananké*, ha por el contrario golpeado a la *ananké* en su centro, arrebatándole sus poderes, profanando su ley. Menos trágicamente sin duda, pero en el subsuelo de su espíritu, el hombre de preocupación pronuncia el mismo No ante el orden inamovible que trata de someterlo y que lo somete en efecto si él lo consiente. Ese hombre desposeído, ese hombre perdido en la contingencia es el que, al mismo tiempo, *solicita*, en el sentido original de la palabra, el que sacude el mundo sensible en sus fundamentos, rechazando las conductas ya configuradas, los actos que las perpetúan, las palabras mismas que concurren a decirlas, y así a aprobarlas.

Pues en los signos de que el hombre hace uso puede alojarse, también, la tentación maligna del consentimiento a lo que debe ser. Teológicos, especulativos, políticos. Todos los sistemas se apoyan en esa convención bien admitida que representan las palabras, dobles satisfactores, puesto que son tangibles y transmisibles, de una realidad menos sentida que reconocida y confirmada. Las ideologías totalitarias —pleonismo defectuoso, puesto que no hay ideología que no quiera ser una totalización nocional del mundo— saben a qué punto necesitan de entrada dominar la lengua, sujetarla a conceptos seguros, a significaciones sin equívocos. Como lo prefiguró Orwell, tienden a volverse amos del diccionario, a remodelar su léxico, a excluir todo lo que podría ir al encuentro de la verdad que establecen. Y sin duda lo lograrían, si el hombre de preocupación, marginal ya por su conducta mental, disidente de la ortodoxia por los gestos de lo cotidiano, no imprimiera igualmente la marca de su diferencia en los signos de lo adquirido y, por ejemplo, en el caso del poeta, en las palabras que se separan y se distinguen del discurso habitual. Pues esas palabras que, seguramente, pueden no declarar sino las relaciones adquiridas entre los conceptos, y así limitarse a ser los vehículos y los agentes de la conformidad intelectual, son susceptibles, para quien se preocupa por expresar lo no dicho, lo anteriormente indecible o lo in formulable en el presente, de aventurarse más allá y, dejando de lado el registro de las significaciones unívocas, hacer una prospección hacia el sentido, en verdad inventar el Sentido, en la doble acepción de la palabra: dirección y elucidación del ser en devenir.

V

La preocupación poética —porque de ésta se trata ahora— es una nueva puesta en juego, en el registro más grave, de los compromisos y de las convenciones del lenguaje. Para nada una refutación o un ocultamiento de lo real —Platón fingió pensarlo, y otros después de él, al acusar a los poetas de "mentir mucho"— sino una interrogación de lo posible, de lo no afirmado, de lo in formulado por el medio paradójico de las herramientas verbales, concebidas al parecer para la sola manifestación de las relaciones convenientes entre las conciencias. Que, por una suerte de desoxidamiento ácido, la preocupación se aplique a recuperar bajo la pátina y el desgaste del

brillo original de esa moneda corriente —el sentido más puro dado a las palabras de la tribu—, que intenta además, por cristalizaciones hasta ahora incompletas, imponer una sintaxis perentoria, y así un incremento de energía a las alianzas habituales de los vocablos, esa empresa del poeta desestabiliza y desconcierta al edificio conceptual, perturba, si queremos usar las palabras de Nerval, el *severo pórtico* de la ley y de lo inamovible.

Por atento que esté a los rostros anteriores, a las victorias mismas del verbo sobre lo informe, la preocupación poética se manifiesta como una sospecha y, sin duda, una desconstrucción de la anterioridad de lo escrito, que a través de siglos y culturas ha tomado la forma del Libro. Pues el Libro representa, de manera subrepticia, una totalización reductora y la tabla finalmente cerrada de los significados. Incluyendo en su orbe lo que considera como signo o símbolo de verdad, el Libro rechaza formalmente todo lo que viene después de él —contra él, piensa— y que ya nunca incluirá en su involución interna. Producto de una circunstancia mítica más que histórica, el Libro —Biblia, Corán, Manifiesto, Manual ideológico— se niega a reconocer, y aun a identificar, los elementos que, a través de la duración, serían susceptibles de comprometer su permanencia anacrónica. El Libro es enemigo del tiempo, que divide, que disminuye y que dispersa —que requiere además, del que habla en el presente, una formulación diferente, herética a los ojos de los guardianes del Libro, esos hombres sin futuro, esos vigilantes altivos y sombríos. La preocupación del poeta, desde las rapsodias homéricas hasta nuestros días, no consiste entonces de ningún modo, pese a las experiencias y los alegatos de algunos, en escribir de nuevo el Libro —y Mallarmé mismo, que lo desea en su ensoñación del Ideal, se aleja de él con el tono de “la acción limitada” — sino hacer de suerte que el Libro, subsumiendo y rebasando la suma de todos los prolegómenos al Verbo definitivo, no esté nunca acabado y, al cabo, que su finalidad metafísica se oblitere. De manera simbólica o en una intelección del todo racional, el Libro quiere ser el formulario y el lugar de todas las palabras justas, en realidad de todas las palabras que se ajustan al antes, al ahora, al después de las inflexiones del ser, sin sufrir el menor codicillo, complemento o añadido. El Libro exige que se lo comente —y eso, en la tautología tranquilizadora de sus propios conceptos—, no que se lo impugne y ni siquiera que se lo cuestione. Y si, semejante al discurso del espíritu en Hegel, le ocurre acoger en sí lo que, del afuera, lo interroga y lo asalta, es para embotar su punta, reducir su incompatibilidad, absorberla al fin en su dialéctica lenificante. Expatria, expulsa, rechaza toda versión nueva. El Libro es la necesidad del mundo, vuelta verdad para los ojos, frase intangible.

Ahora bien, el hombre de preocupación, el poeta, el instaurador del sentido en los signos, cuando aun él consentiría, por esa inclinación de su espíritu, ciertas directrices del Libro, no puede hacer menos, en el acto verbal que se inventa a través de él, que dirigirse de manera diferente. El más ortodoxo de los poetas —no retengamos, en Occidente, sino a un Dante, un Milton, un Claudel— traiciona lo que parece repetir, así que traduce y abandona la palabra del Libro, en beneficio de lo que dice. La preocupación misma de identificar sus palabras con el Verbo anterior al que venera lo aleja casi fatalmente de él y lo hace derivarlo, sin que sepa medir

a veces la audacia de su deriva. Y el mismo Juan de la Cruz, en busca de la unión inefable, ve a las palabras de su fe y a la admirable pasión que las habita orientarse hacia un *no sé qué que quedan balbuciendo*, un no sé qué tan nuevo que sus propios labios se asombran de él...

Pero añadiré también, para concluir provisionalmente en cuanto al trabajo del poeta, que las palabras de la preocupación que son las suyas, lo mismo se oponen a la lengua absoluta del Libro y a la verdad extrínseca que éste transmite, no concuerdan más con esa forma de verdad de la que hoy se nos asegura que es consustancial al lenguaje mismo. A la tentación metafísica, ya denunciada por Kant, ha seguido, más preocupante, una seducción lingüística muy exactamente opuesta, pero cuyas ambiciones y esperanzas no son menores. Dios no tenía que rendir cuentas a nadie; el sistema de los signos verbales, exactamente del mismo modo, sería el único garante de su validez. El único *cuidado* —no escribo la preocupación— de aquel que habla, y del poeta en primer lugar, debería ser mantenerse a la escucha de lo que habla antes de él: no ya una instancia superior a la persona sino, de ahora en adelante, una estructura de relaciones interconceptuales que modela la conciencia y determina su expresión. Toca a la lengua, y sólo a ella, expresarse, y al poeta, antiguo protagonista del acto verbal, convertirse en el lugar privilegiado de su ejercicio. Pero los gramáticos de la intolerancia continuarán largo tiempo dictando sus leyes sobre los territorios inertes que gobiernen. La preocupación del poeta está ya más lejos, porque a diferencia del hombre de certidumbre, que se apropia infatigablemente de lo que descubre —reduciendo lo Otro a lo Mismo y lo extraño a lo idéntico—, esta forma espiritual de preocupación busca descubrir lo que aparece ante ella, en su diferencia y su distancia irreducible. No es un saber que la preocupación acumule, un haber que contabilice en sus palabras y en sus pensamientos, es el ser del mundo lo que lo provoca, lo hostiga, lo desorienta por la multiplicidad de sus perfiles. Y en el corazón de ese enfrentamiento, entre ese bombardeo ininterrumpido de cosas vivas, las palabras a su vez, los signos desde hace tanto tiempo establecidos, adquieren como un sabor nuevo bajo la lengua y dicen, nada más que un instante, para siempre quizá, lo que ocurre, lo que pasa, lo que ya no está.

VI

Conocemos hoy buen número de éticas y de estéticas para las cuales, intencionalmente o no, la única réplica posible a la inestabilidad de los saberes y a la dependencia del mundo se encuentra en una suerte de aumento deliberado de la contingencia, por el rodeo de los gestos azarosos, de los signos lanzados sobre la mesa, de las palabras entregadas a los encuentros fortuitos y a las conjunciones inesperadas. No se trata de poner en duda lo que puede haber habido de auténtico, si no de aventuroso, en algunos de esos pasos. Toda una modernidad del arte se ha reconocido en esa exaltación de lo incumplido. Lo que me importa aquí, y sin intención crítica, es hacer la partición entre dos empresas que tienden a confirmar, a agravar el azar por la reiteración de las *tiradas de dados*, y aquellas que, bajo el signo de la preocupación, se aplican no a *abolirlo* sino a contrarrestar su amenaza.

Y pensando, en primer lugar, en aquellos en quienes la preocupación activa y corrobora la escritura, diré, para disipar

cualquier equívoco, que de ningún modo buscan en las palabras que ponen juntas quién sabe qué refugio contra los azares del ser y lo improbable del porvenir. Certo, la preocupación, cuando se expresa en ellos, tiene la ambición de remediar ese estado de incertidumbre. Trabaja tenazmente en revivir lo disperso hacia alguna figura de sentido menos evasivo. Escribir, inscribir en las palabras, aun esas *nadas del aire* de que hablaba Shakespeare, ofrecerles, así no fuera más que en el momento de proferirlas, una apariencia de lugar, la sombra de una permanencia, es ya distraerlas de lo incierto y, con ellas, soñar en alguna salvaguarda. Pero la preocupación, se diría, no encuentra ahí sino un alto, y si consiente alguna vez en reposar, el tiempo de un soplo, de una página, de un poema, es para alejarse de inmediato. Pues no ignora que el designio de las palabras, y en verdad de todos los símbolos que la conciencia elabora con el único fin de afirmarse, es detener, hasta donde pueden, esa hemorragia incesante del ser, es sustituir-la sobre todo por cualquier entidad abstracta más resistente, *monumentum aere perennis*, edificio verbal que desafiaría al tiempo y su desgaste —y su expansión también, su labor en nosotros. Así pues la preocupación, que, desde el comienzo, soñaba con curarse de sí misma por intermedio de algunos vocablos más seguros, se aguja más en el seno de ese equilibrio precario que ha contribuido a establecer, y se esfuerza, por todos los medios, en escapar de esos lugares —dichos del pensamiento apacible. La conducta de la preocupación es una forma de ser itinerante a la que nada detiene con seguridad, a la que nada altera ni desconcierta tampoco. A la inversa de Picasso, el *despreocupado* más magistral de nuestro siglo, no encuentra, busca —o mejor, desde el momento en que presume haber encontrado, no piensa sino en huir de su hallazgo y en cuestionar algo más.

A quienes creen —ingenuamente o por doctrina— encerrar en el decir como un doble intangible del ser se oponen, por un discurso auténtico, pero con fines equivalentes, los que no ven en las palabras más que una especie de cebo inaceptable, una sombra en la pared, una retórica del entendimiento, y que quisieran, en una suerte de vuelo por debajo del vacío, dar prueba, como por el absurdo, de la permanencia indecible de un absoluto. El hombre de preocupación no se adhiere ni a la hermosa seguridad de unos ni a la teología negativa de los otros. Del absoluto en los signos o fuera de los signos no sabe nada. No toma partido ni por la complejidad dichosa de un Claudel o de un Saint-John Perse ni por la parábola apofática de un Bataille o de un Blanchot. Sabe solamente, porque lo prueba sin cesar, que hay una falta en él y en el mundo; sabe mejor todavía que no le toca remediarla. ¿Por qué negarlo? Puede hacerse que ese estado inestable, *a medias oscuro*, según la expresión de Pascal, lo *desplace*, y que a ejemplo del hombre de la Apuesta, desee tomar un partido más franco, jugar al todo o nada, pero reconoce de inmediato que no es el amo del juego y que necesitará avanzar al corazón de esa penumbra sin saber nunca si ha avanzado un poco.

El hombre de preocupación no excluye la hipótesis de una verdad, pero la única verdad que aprehende es la verdad del camino, o, para renunciar a los conceptos reductores, es el caminar mismo el que se vuelve portador de verdad. Entre el ontologismo absoluto y el pirronismo desengañado, la vía es estrecha; a la única, con todo, que se ofrece al hombre

de preocupación. A él toca velar en la vía y en el inacabamiento de la mía. Pienso en Beckett, en sus fantoches vacilantes que no cesan de interrogar la ruta con el agotamiento de su marcha, con sus palabras raídas. Los caminos que frecuentan no son, como en aquel filósofo, caminos que no lleven a ninguna parte, porque la "ninguna parte", a su manera, es un reposo para el espíritu en busca de certidumbres. Son caminos, eso es todo, conformes con su vocación original de caminos, es decir avanzar *bacia* y no terminar en un *hasta*.

El existir de la preocupación es un desgarramiento que dura y que no se interrumpe más que por la desaparición súbita de quien la carga. Y ese último inacabamiento corrobora él mismo los inacabamientos anteriores y el horizonte siempre abierto de la distancia. Agravar dentro de sí esa distancia es el único modo, sin duda, de seguir atento a una proximidad que se escapa —y que se conforma, quizá, a algunos en la obliteración de sí, el silencio. Pero aquellos están ya demasiado lejos en la ruta para que sus palabras nos alcancen. Nuestra preocupación en nosotros no puede habitar sino lo indefinido. Su falta mayor, digamos el peligro en que incurre, sería confundir lo ilimitado de su paso con una posesión cualquiera del infinito, que trasciende el orden de los pensamientos y de las conductas. Simone Weil escribió: *estar arraigado en la ausencia de lugar*. Es a lo que quiere tender el hombre de preocupación, sin siquiera un dios velado que, por momentos, lo guíe. La preocupación acaba por ser una misma con eso a lo que no se acerca, a lo que difiere, hasta donde puede, el acercamiento. La *ausencia de lugar*, que es la realidad básica de la preocupación, postula, como a la inversa de sí, una realidad imposible que sería, quizá, más allá de la conciencia y su finitud, el lugar simple de la no preocupación.

